

## **Zygmunt Bauman**

### **Biografía.-**

Zygmunt Bauman nació en el año 1925 en Poznań, una de las ciudades más antiguas y extensas de Polonia. Proveniente de una familia humilde de origen judío no practicante, debió emigrar en su adolescencia hacia la Unión Soviética luego de la invasión del nazismo a su país natal. Poco después, al alcanzar la mayoría de edad, se unió al llamado ejército interno (ejército polaco controlado por los soviéticos), prestando funciones como instructor político y participando en ciertas operaciones militares, todo lo cual le valió el otorgamiento de la Cruz Militar al Valor.

Culminada la guerra, retornó a Polonia afiliándose al partido comunista y continuó desempeñando funciones militares contra los insurgentes nacionalistas de Ucrania y realizando tareas de contraespionaje para el servicio de inteligencia. Sin embargo, Bauman pronto dejó el servicio secreto y, paulatinamente, también comenzó a alejarse del Partido Comunista, al notar la enorme distancia entre la palabra oficial y la práctica, convirtiéndose así en un revisionista.

Fue durante sus años de servicio que comenzó a estudiar sociología en la Universidad de Varsovia, carrera que pronto cambió por la de filosofía, ya que la primera fue suprimida por ser considerada "burguesa" por el régimen imperante. En 1953 fue expulsado del cuerpo militar con deshonor debido a que su padre se había presentado ante la embajada del naciente Estado de Israel para pedir visa de emigrante, lo cual, aunado a su salida del servicio

secreto, le valió ser objeto de espionaje y persecución. Un año después, culminó su carrera e ingresó como profesor en la misma Universidad.

Durante esos años, y luego de una estancia de estudios en la prestigiosa London School of Economics, preparó y publicó en 1959 su primer obra, consistente en un estudio sobre el movimiento socialista inglés –que luego aparecería editado en ese idioma en 1972-. Luego, en 1964, destacaría su *Sociología para la vida cotidiana*, que resultó muy popular en Polonia y formaría luego la estructura principal de *Pensando sociológicamente* (1990).

Su paulatino distanciamiento del partido oficial y su condición de judío, le valieron a Bauman una segunda migración forzosa cuando en 1968 estalló en Polonia una crisis política de considerables dimensiones. Conocida como el “Aliyá de Polonia”, situación que coincidió históricamente con la Primavera de Praga, los estallidos sociales en contra del comunismo motivaron que la República Popular de Polonia adoptara una férrea campaña “anti-sionista” en su búsqueda de un chivo expiatorio para sus incipientes problemas, campaña que supuso al fin y al cabo una mera purga antisemitica del suelo polaco.

A raíz de ello, Bauman y su esposa, Janina, se exiliaron en Israel –lugar donde se radicaba ya una de sus hijas-. Sin embargo, paradójicamente ninguno de ellos comulgaba con el sionismo, razón por la cual, luego de un breve paso por Estados Unidos y Canadá, terminaron radicándose en Inglaterra, más precisamente en Leeds. Para ese entonces, Zygmunt contaba ya con 40 años de edad.

Fue en la Universidad de Leeds donde el sociólogo polaco comenzó a impartir clases y escribir asiduamente sobre sociología. A mediados del año 1990 se transformó en profesor emérito, pero continuó estudiando y publicando hasta hoy en día (su última obra, *Ceguera Moral* data del año 2013). Entre otros galardones, ha recibido el premio Amalfi de Sociología y

Ciencias Sociales (1992), el Theodor W. Adorno (1998) y el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (2010).

### **Su sociología.-**

Zygmunt Bauman se ubica, sin duda alguna, entre los pensadores y sociólogos más reconocidos de la actualidad incluso fuera del ámbito estrictamente académico. Autor de una prolífica obra que comprende más de 50 libros y 100 ensayos, su interés y análisis han variado con el tiempo. Así, si bien sus primeras publicaciones estaban imbuidas esencialmente en el análisis marxista y, filosóficamente, tamizadas por una incipiente hermenéutica, una vez radicado en Leeds y abocado concretamente a la sociología comenzó a preocuparse por los grandes temas de la modernidad: la burocracia, la racionalidad, la exclusión social; y finalmente, con el auge del neoliberalismo y el curioso e interesado clamor del "fin de la historia", se ocupó de brindar una de las teorías más fecundas respecto a la llamada "posmodernidad" (modernidad líquida, en palabras de Bauman), y de analizar sus aristas más importantes: el consumismo, la globalización, las relaciones humanas, la vigilancia, internet, etc.

En relación a su influencia académica, si bien nunca abandonó del todo la teoría marxista (especialmente la vertiente gramsciana), la sociología de Bauman debe mucho a los padres de las grandes escuelas (Durkheim y Weber) como así también a Simmel, Lévinas, Horkheimer, Adorno y a la filosofía hermenéutica de Heidegger y Gadamer. Por su parte, tampoco reniega y, por el contrario, adopta muchos elementos teóricos de sus contemporáneos como Giddes o Beck, entre otros.

El éxito de Bauman pasa más por su certera visión de su mundo circundante que por la creación de una alta teoría académica. En efecto,

alejado del rigorismo científico de los maestros clásicos y sus seguidores, y más cercano a Simmel en este tema, Bauman propone una sociología más reflexiva que descriptiva, llegando incluso a dejar entrever la posibilidad e inclusive la necesidad de incorporar a la cuestión moral como objeto de estudio, pero no de manera desnuda, absurdamente positiva, sino con una clara intención de cambio social. Esto se debe a que la simpatía de Bauman se inclina manifiestamente del lado de los perdedores de la modernidad, no de sus héroes, lo cual supone una ruptura comparable con la obra literaria de Dostoievski.

En orden con lo anterior, debemos subrayar que Bauman es un reconocido ecléctico metodológico y, aunque suele utilizar el método de los tipos ideales weberiano<sup>1</sup>, en sus libros echa mano tanto a casos determinados, estadísticas y estudios de otros autores -todo ello con la honestidad y sagacidad que le caracteriza-, como así también a la literatura moderna y artículos periodísticos. Además, goza de la capacidad de pasar ágil y sencillamente del lenguaje de la alta teoría filosófica y sociológica al lenguaje común de la política diaria, la publicidad, los anuncios, los clichés, las redes sociales. Es que, en suma, como bien refiere Leónidas Donskis, Bauman "entiende lo cómicamente aislado y unilateral que parecería si intentara explicar nuestro mundo con las palabras de nuestra élite política y financiera o usando solo esotéricos textos académicos"<sup>2</sup>.

### **Modernidad Líquida.-**

El concepto de Modernidad Líquida es indudablemente el más distintivo

---

<sup>1</sup> Para una explicación del mismo Bauman al respecto, ver *Vida de Consumo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, Págs. 40 y 45.

<sup>2</sup> BAUMAN, Zygmunt y DONSKIS, Leónidas, *Ceguera Moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*, Paidós, Buenos Aires, 2015. Pág. 10.

de la teoría de Zygmunt Bauman y se ha convertido en su herramienta más útil para caracterizar nuestro tiempo. En efecto, desde que lo acuñara y explicitara en el libro intitolado, precisamente, *Modernidad Líquida*, diversas obras posteriores que tratan temas específicos son distinguidas con ese adjetivo, v. gr.: *Amor Líquido*, *Miedo Líquido*, *Vigilancia Líquida*, etc. ¿Pero a qué se refiere Bauman con este concepto típico de la física pero, a la vez, tan usual?

Desde la caída del muro de Berlín (1989) y la posterior disolución de la Unión Soviética (1991), muchos intelectuales no tardaron en proclamar el fin de la modernidad o incluso el "fin de la historia". Allende los intereses de aquellos autores comprometidos expresa o solapadamente con el capitalismo, las ciencias sociales comenzaron a ser minadas de obras que hablaban de la Posmodernidad -término elaborado por Francois Lyotard en *La Condición Posmoderna-*, algo que la filosofía venía augurando desde mediados del siglo XX al proclamar "el fin de la metafísica" -Heidegger- o antes, tal vez, si aceptamos el nihilismo de Nietzsche.

Más allá de estos pormenores, Bauman, al igual que otros autores no tan apegados a las modas teóricas, se mostró reacio a adoptar este concepto sin cortapisas. Para él, la sociedad que ingresa al siglo XXI no es menos "moderna" que la que ingresó al siglo XX, a lo sumo es moderna pero de manera diferente. En este sentido, explica que "lo que la hace tan moderna como la de un siglo atrás es lo que diferencia a la modernidad de cualquier otra forma histórica de cohabitación humana: la compulsiva, obsesiva, continua, irrefrenable y eternamente incompleta *modernización*; la sobrecogedora, inextirpable e inextinguible sed de creación destructiva"<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad Líquida*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, Pág. 33.

Sintéticamente, podemos sostener que la modernidad comienza cuando el hombre es despojado de la fe en la creación divina, cuando se suprime el fundamento trascendental religioso, y los humanos nos encontramos a nuestra merced. De esta manera, todo aquello que fue hecho por el hombre, el hombre lo puede deshacer, cambiar o mejorar. Hay un proyecto inacabado de sociedad, de mundo, que con el afianzamiento de las incipientes ciencias resulta maleable, perfectible y posible. Asimismo, la modernidad implica la disociación del tiempo y el espacio en la experiencia vital, pasando a ser elementos que pueden ser analizados separadamente (v.gr.: deja de importar cuán lejos se encuentra un lugar, para ser radical cuánto se tarda en llegar allí; razonamiento imposible en épocas donde los viajes se hacían únicamente a pie o caballo).

Ahora bien, más allá de que los tiempos que corren no sean menos modernos que los vividos hace más de una centuria, Bauman sostiene que hay dos características esenciales que hacen que sea distinto: 1) en primer lugar, el gradual colapso y la lenta decadencia de la ilusión moderna de que el camino que transitamos tiene un final, un *telos* de cambio histórico alcanzable, un estado de perfección (es decir, el fin de la utopía, de los metarrelatos); 2) en segundo lugar, la desregulación y privatización de las tareas y responsabilidades de la modernización; esto es, la individualización de todo aquello que se consideraba que debía realizarse por la razón humana.

El primero de estos puntos coincide con la propuesta de Lyotard o con la idea de "fin de la metafísica" de la filosofía. Resumidamente, lo que significa es que ya no hay una visión del mundo compartida, un relato o discurso que de significado a la conducta del día a día, un norte a seguir, como significó en su momento la fe, la razón, la sociedad justa o la sociedad comunista.

La individualización, por su parte, "consiste en transformar la "identidad" humana en algo "dado", en una "tarea", y en hacer responsables a los actores

de la realización de esta tarea y de las consecuencias (así como de los efectos colaterales) de su desempeño. En otros términos, consiste en establecer una autonomía *de iure* (haya o no haya sido establecida también una autonomía *de facto*)<sup>4</sup>. Esta individualización es un destino, no una elección. Ser un individuo *de iure* significa no poder echarle la culpa a nadie de la propia desdicha. A cada cual se le hace creer que es "libre", cuando en realidad es obligado a crearse a sí mismo y a hacerse cargo de sus decisiones sin importar su pasado o sus circunstancias<sup>5</sup>.

Volvamos ahora a la pregunta que hiciéramos al principio: ¿por qué estamos en una modernidad "líquida"? Y agreguemos aquí: ¿por qué la modernidad anterior era "sólida"? Sencillamente porque los sólidos, a diferencia de los líquidos, conservan su forma y persisten en el tiempo: duran. Los líquidos, en cambio, son informes y se transforman constantemente: fluyen.

Las dos grandes características que hemos visto hace instantes (fin de los relatos e individualización), han provocado y continúan provocando que los sólidos de la modernidad se derritan, y estos sólidos no son otra cosa que los vínculos entre las elecciones individuales y las acciones colectivas. Es el tiempo de la desregulación económica, de la liberalización de los mercados, de la flexibilización laboral, del consumo y desecho inmediato de mercancías y

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, Pág. 37.

<sup>5</sup> Conforme Bauman, esta fatídica retirada de la sociedad y del Estado de su responsabilidad de formar a sus miembros y ciudadanos, "se ha visto reflejada en el corrimiento que hizo el discurso ético/político desde el marco de la "sociedad justa" hacia el de los derechos humanos", lo que implica reenfocar ese discurso en el derecho de los individuos a ser diferentes y a elegir y tomar a voluntad sus propios modelos de felicidad y de estilo de vida más conveniente." *Ibidem*, Pág. 35.

relaciones humanas. Al derretirse lo sólido, al desaparecer lo público como algo real o como discurso, el peso de la construcción de pautas y la responsabilidad del fracaso caen total y fatalmente sobre los hombros del individuo.

Al explicar la Modernidad Sólida, Bauman expresa que, en sus comienzos, esta forma socio-histórica fue una enemiga acérrima de lo aleatorio y de la contingencia. Era una época donde la ciencia ya se había asentado y con sus programas ofrecía la posibilidad de comprenderlo y modificarlo todo para mejor. Eran los tiempos de la fábrica fordista con sus cadenas de montaje, del Estado y la burocracia magistralmente descritos por Weber, del panóptico foucaultiano, del *Gran Hermano* de George Orwell y del temido *Mundo Feliz* de Aldous Huxley.

La Modernidad Sólida fue el período en que se daba forma a la realidad a través de la arquitectura y la jardinería. La época de planos (naturales y sociales), donde se ideaba y construían ciudades “perfectas” desde sus cimientos como Brasilia, donde se buscaba incansablemente el orden y el progreso (por seguir con el ejemplo del país vecino). Esta modernidad fue lo que la teoría crítica intentó desactivar y neutralizar, la tendencia totalitaria de la sociedad. Modernidad que, vale destacarse, no se distinguía en su esencia entre países capitalistas y comunistas (recuérdese que Lenin tenía la visión de un socialismo que combinara el poder y organización administrativa del soviét con los avances del capitalismo).

Entre las diversas características ya apuntadas de la Modernidad Sólida que Bauman desarrolla a lo largo de su obra, nos interesan especialmente destacar las siguientes:

1. En primer lugar, fiel al análisis marxista y posmarxista, el sociólogo polaco se ocupa de analizar el modelo de trabajo, que ubica, como se refirió

anteriormente, en la fábrica de Ford; aquel emblemático fabricante que duplicó el salario de sus obreros no para que pudieran acceder a un automóvil (como sostenía), sino más bien para atarlos a la misma cadena de producción. Lo que bien indica Bauman a este respecto, es que un trabajador de Ford comenzaba su vida trabajando en determinada parte de la cadena de montaje y tenía la seguridad de que se jubilaría en ese mismo puesto; hecho que, como veremos más adelante, no sucede en las empresas más representativas de hoy.

2. Como contracara de lo anterior, el modelo empresario o económico de la Modernidad Sólida es Rockefeller, quien soñaba con ser propietario de la mina de acero, la industria de automóviles, el petróleo y las rutas. Es decir, que económicamente hablando fue la época del *hardware*, de las grandes fábricas con altos muros de acero y concreto, donde el tamaño y el volumen eran el símbolo del éxito financiero.

3. Finalmente, fue la época de un Estado más o menos interventor (dependiendo, claro está, de la ideología imperante) pero cuya nota fundamental era la burocracia, y con ella el apogeo de la acción racional con arreglo a fines y de la racionalidad instrumental.

Ahora bien, como ya hemos visto anteriormente los tiempos de la Modernidad Sólida que hemos venido desarrollando han comenzado a apagarse quedando relegados al pasado reciente. La Modernidad Líquida, con su individualización y sus flujos, ofrece un panorama totalmente distinto. Para comprenderlo, repasemos junto a Bauman los contrapuntos con los diversos caracteres antes reseñados.

Primero, si la Modernidad Sólida fue la época del *hardware*, la Modernidad Líquida es el tiempo del *software* y el gran modelo de empresario ya no es el anticuado y heredero Rockefeller sino un hombre que se construyó a sí mismo: Bill Gates, quien amasó su fortuna desarrollando nada menos que

sistemas operativos y programas de computadora, una persona que no tiene molestias en donar gran parte de su capital a la caridad, y de ubicarse entre las diez personas más ricas al año siguiente. En la Modernidad Líquida la riqueza no es material, sino que está en las ideas (*copyrights*, marcas, patentes, etc.).

Segundo, en cuanto a la idea de trabajo, el mismo se ha flexibilizado, acarreado con ello la desesperación, inseguridad e incertidumbre. El capitalismo de la Modernidad Líquida necesita de trabajadores que cambien y se adapten todo el tiempo y el joven que entra como dependiente de Google, a diferencia del obrero de Ford, no sabe qué puesto tendrá al año siguiente, si seguirá en la compañía o siquiera si tendrá trabajo. Además, este temor no es casual, ya que el flujo de capitales implica que las empresas no tengan inconveniente alguno en trasladar sus plantas desde los países centrales a los periféricos en busca de leyes más flexibles y de mano de obra barata (fenómeno que se vive tanto en EE.UU. como en Europa o Japón).

En tercer lugar, el Estado de Bienestar que, en el mejor de los casos, supo presentar la Modernidad Sólida comienza a derretirse lentamente ante los embates de los flujos económicos. La nueva era espera que el Estado garantice los derechos humanos de sus ciudadanos pero que deje abiertas las fronteras y que abandone todo deseo de proyectar un destino común más allá de la libertad individual y económica. Nada de pensar a largo plazo. Transcurrimos una historia donde la vieja idea de ciudadano se suplanta por la de individuo<sup>6</sup>.

En este orden, siguiendo a Thomas Mathiesen, Bauman sugiere que se ha cambiado la idea del panóptico de Benthan y Foucault por la de un sinóptico, en el cual muchos se dedican a observar a unos pocos a través de la

---

<sup>6</sup> El ciudadano procuraba su propio bienestar a través del bienestar de toda la ciudad o comunidad, el individuo triunfa por sí mismo.

pantalla del televisor o del monitor. La Modernidad Líquida ofrece un mundo en el que todos (ricos y pobres) somos espectadores/compradores de vidas individuales, no de proyectos sociales.

Como corolario, en el tramo final del análisis de la Modernidad Líquida, Bauman refiere también a otras características de estos nuevos tiempos como son la instantaneidad, las relaciones humanas y el consumismo, pero dado que los mismos constituyen elementos sobre los que merece detenerse de forma más amplia, nos proponemos abocarnos a ellos en el título siguiente.

### **Sociedad Consumista.-**

Bauman sostiene que la Modernidad Líquida ha transformado a las personas de productores en consumidores. La Sociedad Sólida era la época de los productores, donde se les exigía a los hombres que produjeran bienes y productos para satisfacer necesidades (obreros) y que se enrolasen en el ejército, mientras que de las mujeres se esperaba que proporcionaran servicios (secretarias y amas de casa, con escasas excepciones en tiempo de guerra). La Sociedad Líquida, en cambio, no sólo no distingue entre géneros sino que requiere que la totalidad de las personas consuman, que todas las personas corran desenfrenadamente detrás de sensaciones placenteras -táctiles, visuales, olfatorias-.

Asimismo, también la forma de socialización ha cambiado. Mientras que antes era abierta y explícita a través de la propaganda política, el adoctrinamiento, la movilización y la educación clásica, ahora se trata de una socialización oblicua que impone patrones de conducta para la solución de problemas que, una vez adoptados y acatados, hacen posible la monótona reproducción del sistema. Ya no se castiga, se seduce. Ello, aunado al ya mentado problema de la individualización, provoca un callejón sin salida ya

que, como bien expresa Beck, se les exige a las personas respuestas individuales para problemas sistémicos.

Retomemos ahora el tema que nos convoca. En *Vida de Consumo* (obra enteramente dedicada a esta problemática), Bauman comienza haciendo una distinción terminológica quizás obvia pero necesaria entre consumo y consumismo. En este sentido, expresa que el consumo es un aspecto propio de la vida, se trata de una función imprescindible para la supervivencia biológica. Como humanos, todos consumimos.

El consumismo, en cambio, prescinde de lo biológico y se inserta de lleno en el plano sociológico. Textualmente, "se trata de un tipo de acuerdo social que resulta de la reconversión de los deseos, ganas o anhelos humanos en la principal fuerza de impulso y de operaciones de la sociedad, una fuerza que coordina la reproducción sistémica, la integración social, la estratificación social y la formación del individuo humano, así como también desempeña un papel preponderante en los procesos individuales y grupales de autoidentificación, y en la selección y consecución de políticas de vida individuales"<sup>7</sup>. El consumismo es un atributo de la sociedad, una fuerza externa, un verdadero hecho social durkheniano.

Como adelantáramos en párrafos anteriores, Bauman refiere que este consumismo que se impone como una verdadera fuerza social ha modificado sustancialmente a la sociedad de hoy, transformándola en una sociedad de consumidores; término con el que designa "a un conjunto específico de condiciones de existencia bajo las cuales son muy altas las probabilidades de que la mayoría de los hombres y mujeres adopten el consumismo antes que cualquier otra cultura, así como las de que casi siempre hagan todo lo posible

---

<sup>7</sup> BAUMAN, Zygmunt, *Vida de Consumo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, Pág. 78.

por obedecer a sus preceptos"<sup>8</sup>. La cultura consumista, por su parte, es la forma en que los miembros de una sociedad de consumidores actúan irreflexivamente, sin pensar.

En lenguaje sociológico, estos fenómenos se tratan de una gran multitud que se une por pura solidaridad mecánica, que reproduce patrones de conducta similares y se mueve en la misma dirección. Es una sociedad que exige adecuarse al consumismo porque es visto como plausible y es un requisito de pertenencia, que se mueve por una sola máxima: consumo, luego existo.

Ahora bien, ¿acaso antes no se consumía también de manera irreflexiva? ¿Acaso la Escuela de Frankfurt no nos advertía ya respecto a sus consecuencias a mediados del siglo XX?

Bauman responde que sí, pero que el consumo y el consumismo han variado de una modernidad a otra. Mientras que antes se producían y compraban cosas sólidas, bienes durables, que otorgaban cierta seguridad, hoy la vida del consumidor ávido de experiencias nuevas no tiene que ver con el impulso por adquirir y reunir, sino por descartar y sustituir. Es decir, que la idea del consumo actual es la de cambiar el producto fallado o imperfecto (no satisfactorio) por uno nuevo y mejorado, no de acumularlos. Ahora las herramientas fallidas han de ser arrojadas al cubo de la basura en lugar de afilarse y aplicarse de nuevo.

En este orden, "la lógica del *marketing* no está gobernada por la premisa de satisfacer necesidades existentes, sino por la exigencia del sistema de ampliar las necesidades a la oferta y de reforzarlas con deseos"<sup>9</sup>. La sociedad

---

<sup>8</sup> Ibídem, Pág. 77.

<sup>9</sup> BAUMAN, *Ceguera Moral...* Pág. 131.

consumista apuesta a la irracionalidad y a los sentimientos de las personas, no a la razón y el juicio. La orden es ser feliz y la felicidad consiste en no aburrirse, y para no aburrirse hay que consumir nuevos y mejores productos todos los días, a toda hora. Es por todo ello, asegura Bauman, que la mayor amenaza para la sociedad de consumidores es un consumidor satisfecho.

Dentro de este plano, juega también una premisa esencial: la instantaneidad, que al fin y al cabo significa satisfacción inmediata, en el acto, y al mismo tiempo el agotamiento y la desaparición inmediata del interés (la "levedad del ser" de Milan Kundera). Esto significa que la problemática del consumo como descarte y la inmediatez no se agotan sólo en los productos, sino que se traspasan a las relaciones humanas, que también se vuelven líquidas. Así, Bauman refiere a la idea de adiaforización de las relaciones, que se moldea a partir del patrón de la correlación consumidor-mercancía y que implica el descarte de toda relación interhumana que no satisfaga de forma inmediata el deseo o interés que debía satisfacer.

Si el panorama hasta aquí resulta cuando menos crudo, advirtamos que lamentablemente puede agravarse un poco más. En efecto, entre los malogrados hechos antes descritos, Bauman manifiesta que la característica más prominente de la sociedad de consumidores es su capacidad de transformar a los consumidores en productos consumibles. Es decir, que las personas pasan a ser mercancías, siendo empujadas a promocionar un producto que son ellas mismas y a emplear todos los medios a su alcance para acrecentar su valor. Piénsese en la precipitada carrera de los jóvenes por conseguir becas de estudio, en la desenfrenada búsqueda de aumentar los currículums para obtener un empleo, o directamente en aquellas actividades que implican esencialmente el propio *marketing*: la actuación, el modelaje, la política.

Para culminar esta breve reseña, no podemos obviar una de las

consecuencias más importantes de la sociedad de consumidores: la estratificación social; tema en el cual Bauman deja por un momento el desarrollo más reflexivo y general para volver a vestirse de sociólogo académico, aunque sin perder la agudeza que le caracteriza.

Al respecto, el autor señala que el rendimiento consumista es el principal factor de estratificación y el criterio fundamental de inclusión y exclusión social, a la vez que marca la distribución de la estima o el estigma social, así como la cuota de atención pública. En la Modernidad Sólida, los pobres y las clases bajas cumplían una función social determinada, eran complementarios a las clases media y rica e incluso tenían posibilidades de ascender en la escala social gracias a la movilidad. Sin embargo, en la era del consumismo aquellos que están en los estratos más bajos ni siquiera pueden llegar a conformar una clase social porque están insertados en una sociedad que no es para nada hospitalaria ni accesible para todos, son una infraclase.

La infraclase es un término flexible y se compone, entre otros colectivos, de pobres que abandonaron la escuela, madres solteras que viven de la seguridad social, mendigos, *homeless*, adictos al alcohol o drogadictos, delincuentes callejeros, pandilleros, inmigrantes ilegales y de nuestros "pibes chorros" o "villeros". ¿Qué une a toda esa gente, en apariencia tan disímil? ¿Por qué incluirlos en la misma lista? El rasgo común es que el resto de la gente, los que confeccionan la lista y sus futuros lectores, no encuentran motivo para que esta gente exista y suponen que ellos mismos estarían mucho mejor si los integrantes de esa lista no existieran. Son personas consideradas totalmente inútiles, un agujero negro que devoran todo lo que reciben (principalmente el dinero de los contribuyentes) y que no devuelven nada sano.

No obstante, este rasgo de inutilidad de la infraclase no es único, y en todo caso sería cuando menos un aspecto de debate público. El gran escollo

es que a esta inutilidad se suma la peligrosidad de esos individuos para la seguridad del resto, motivo por el cual no sólo no son necesarios sino que lisa y llanamente son indeseables. Así, ¿qué lugar les toca en nuestra sociedad? La respuesta más concisa, dice Bauman, es: fuera de la vista. Lo único que puede hacerse con la infraclase, su único destino es el aislamiento físico y mental. Físico a través de la construcción de cárceles, muros y barrios privados; mental a través de la supresión de toda empatía moral. La pobreza en la Modernidad Líquida atañe sólo a la ley y el orden, no hay espacio para la solidaridad.

### **Globalización.-**

Más allá de los análisis económicos, políticos y culturales del fenómeno de la globalización que constituyen una copiosa literatura, pocos son los autores que se ocupan de su aspecto netamente social, de las “consecuencias humanas” de la globalización. En relación a esto, Bauman realiza no sólo un avisado análisis de los primeros tópicos, sino que trata de manera notable también las segundas.

En *Globalización*<sup>10</sup>, el sociólogo polaco comienza clarificando que globalización y universalización son dos nociones distintas. La universalización responde a una idea moderna de lograr civilización, consenso y orden universal para toda la humanidad, tal y como ideó y diagramó Kant desde su Königsberg natal. La globalización, en cambio, no es algo que el hombre moderno haya escogido libremente, sino que es algo que se le ha impuesto, es un hecho social.

Asimismo, Bauman sostiene que la globalización es un fenómeno que ha favorecido a pocos y ha perjudicado a muchos y que a la par de ella se da un

---

<sup>10</sup> BAUMAN, Zygmunt, *La globalización, consecuencias humanas*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2013.

fenómeno de localización de los menos pudientes, y con ella la separación, estratificación y marginalización de ese colectivo. Es decir, que mientras que las élites se vuelven globales, la gran mayoría de la población se mantiene atada al suelo en que vive y del cual sólo se desprende a través de la migración.

En este sentido, el mayor efecto estratificador es la movilidad que hace que los ricos vivan en el tiempo y los pobres en el espacio (donde lo único que cambia es la programación de la televisión). De esta forma, apelando nuevamente a un lenguaje coloquial y fácilmente comprensible, Bauman distingue entre turistas y vagabundos. Los turistas son aquellos que se mueven por el globo libremente por trabajando o mero entretenimiento. Los vagabundos, en cambio, están condenado a merodear siempre por las mismas calles y plazas de su ciudad. La cuestión radica en que los vagabundos muchas veces terminan por ser un estorbo para los turistas, razón por la cual su destino termina siendo el mismo que el de la infraclase.

### **Racionalidad Moderna.-**

A lo largo de estas páginas hemos invertido el orden cronológico de la obra de Bauman haciendo hincapié en sus aportes respecto al concepto de modernidad líquida y la sociedad de consumidores. No obstante, un repaso completo, aunque breve, del vasto trabajo de este sociólogo no puede soslayar uno de los libros que lo consagró como uno de los pensadores más influyentes de los últimos tiempos: *Modernidad y Holocausto*.

Publicado por primera vez en 1989, la obra ofrece a través del estudio de uno de los hechos más atroces del pasado reciente una radical advertencia respecto a los riesgos de la racionalidad moderna. Al mismo tiempo, el tratamiento en sí mismo del Holocausto como fenómeno socio-histórico también implica una clara muestra de la honestidad de un autor que persigue

la objetividad a pesar de haber sufrido en carne propia la persecución antisemita<sup>11</sup>.

Adentrándonos en la obra en sí, Bauman sostiene que existen dos formas de minimizar o juzgar erróneamente el Holocausto: una de ellas es presentarlo como algo que les sucedió a los judíos, como un acontecimiento que pertenece a la historia judía; convirtiéndolo en algo único, cómodamente atípico y sociológicamente intrascendente. La otra vía, que aparentemente apunta en la dirección opuesta, aunque, en la práctica, conduce al mismo punto de destino, consiste en presentar el Holocausto como un caso extremo dentro de una amplia categoría de fenómenos sociales habituales, una categoría odiosa y repelente con la que, sin embargo, podemos y debemos convivir.

Sea como un hecho aislado o como “uno de los tantos genocidios”, lo cierto es que comúnmente se trasmite la idea de que el Holocausto fue un fallo y no un producto de la normalidad. Sin embargo, Bauman advierte que todos los “ingredientes” de este fenómeno histórico, todas las cosas que hicieron que fuera posible, fueron normales. “Normales no en el sentido de algo ya conocido, de ser un componente más de la larga serie de fenómenos que hace mucho tiempo ya se han descrito, explicado y clasificado en detalle, porque, por el contrario, el Holocausto representó algo nuevo y desconocido, sino en el sentido de que se acomodaba por completo a todo lo que sabemos de nuestra civilización, del espíritu que la guía, de sus órdenes de prioridad, de su visión inmanente del mundo y de las formas adecuadas de lograr la felicidad humana junto con una sociedad perfecta”<sup>12</sup>.

---

<sup>11</sup> La cuestión va más allá del ya narrado y siempre doloroso exilio, ya que su esposa, Janina, pasó mucho tiempo dentro del Gueto de Varsovia, salvando su vida de manera casi milagrosa.

<sup>12</sup> BAUMAN, Zygmunt, *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid, 2011, Pág. 29.

De forma sencilla, lo que sostiene es que los grandes logros de la modernidad -tecnología, administración científica (burocracia y ciencia) y el poder concentrado en un Estado- que debían proteger a los seres humanos de la violencia desenfrenada y perseguir el bien común no sólo no evitaron que el Holocausto se produjera, sino que lo hicieron posible. Pero, ¿de qué manera?

Comencemos por advertir que aunque el Holocausto es moderno, la modernidad no es Holocausto<sup>13</sup>. Las condiciones del Holocausto son singulares pero no excepcionales. Para que fuera posible, el proyecto social nazi le confirió legitimidad (un fin, un objetivo, un *telos*), la burocracia estatal el vehículo idóneo para lograr la mayor eficacia sin detenerse a pensar en la moralidad de los medios, y la parálisis de la sociedad la luz verde.

En efecto, si nos detenemos en el derrotero histórico que culminó con la Solución Final, podemos notar que en su ascenso al poder Hitler y el aparato de propaganda del partido nacionalsocialista tenían como premisa recuperar el espacio vital alemán y deshacerse de todos aquellos que eran racialmente inferiores (principalmente judíos y gitanos). Es decir, que no se le dijo al pueblo alemán que matara a los judíos, así lisa y llanamente, pero la orden de deshacerse de ellos ya estaba dada y entonces el aparato burocrático se puso en funcionamiento.

Bauman sostiene que una de las preocupaciones de toda burocracia es la de silenciar la moralidad porque en ello radica la condición fundamental de su éxito en cuanto instrumento de coordinación racional de las acciones. Ello lo lleva a conceptualizar a la acción burocrática como aquella donde se da una disociación entre los medios y la valoración moral de los fines, donde se

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, Pág. 119

sustituye la responsabilidad moral por una responsabilidad técnica. Es buen burócrata aquel que es eficaz y cumple las tareas encomendadas en el menor tiempo posible y con el menor costo posible.

La acción burocrática así concebida sólo concebible a partir de una división del trabajo social –dado que para cuando el ejecutor debe llevar a cabo su tarea, gran parte de la planificación ya está hecha- y de la deshumanización de los objetos, esto es, la posibilidad de representar los objetos en términos puramente técnicos y éticamente neutros –las personas dejan de ser tales para convertirse en números o códigos-. De esta manera, no llama la atención que la operación del Holocausto no se haya generado a partir del Ministerio de Defensa o del Ejército sino que se dirigió desde la Sección Económica Administrativa. No se trataba de un camuflaje, allí estaban los mejores técnicos, las más hábiles a la hora de hacer cálculos, planillas, organizar recursos<sup>14</sup>.

Esto último no es para nada trivial. Pese a la imagen hollywoodense que desde años representa a los nazis en sus grises uniformes entallados, con su semblante infame y vociferando en ese idioma ininteligible y autoritario, la mayoría de los que participaron del Holocausto no disparó un rifle ni estuvo en la cámara de gas, casi todos eran burócratas que trabajaban en un escritorio. Y lo peor de todo, eran personas totalmente normales, y no sólo los últimos de la cadena de mando, sino también sus grandes ideólogos.

En efecto, luego de los juicios de Nuremberg y los posteriores procesos,

---

<sup>14</sup> Este desarrollo teórico lleva a Bauman a replantear la postura sociológica del genocidio. En sus propias palabras: “el genocidio moderno es diferente, es un genocidio con un objetivo. Librarse del adversario ya no es un fin en sí mismo, es el medio para alcanzar un objetivo final, el fin es una grandiosa visión de una sociedad mejor y radicalmente diferente. El genocidio moderno es un ejercicio de ingeniería social, pensado para producir un determinado orden” *Ibidem*, Pág. 116.

la psicología y la psiquiatría emprendieron una veloz carrera para desentrañar qué había llevado a esos “monstruos” a llevar a cabo tamaño acto contra la humanidad. Sin embargo, todos ellos se sorprendieron cuando las pericias concluyeron en que los jefes nazis eran perfectamente normales, personas que en otras circunstancias habrían sido excelentes empleados o directivos de empresas.

“De repente –expresa Bauman-, se supo que el mal más terrible del que tenía noticia la memoria humana no fue la consecuencia de la disipación del orden sino de una imposición del orden impecable, impoluta e incontestada. No fue obra de una muchedumbre incontrolable y desmandada, sino de hombres en uniforme, obedientes y disciplinados, que se ceñían a normas y respetaban con meticulosidad el fondo y la forma de sus instrucciones. Pronto se supo que esos hombres, en cuanto se quitaban el uniforme, no eran malos en absoluto”<sup>15</sup>. Y el problema fundamental “no es que pudieran hacernos esto,

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, Pág. 180. En la obra citada Bauman refiere al caso de Eichmann y la obra de Hannah Arendt que se ocupa del mismo (*Eichmann en Jerusalén, un estudio acerca de la banalidad del mal*). Otto Adolf Eichmann fue un teniente coronel de las SS y responsable directo de la Solución Final, principalmente en Polonia. Terminada la guerra, logró escapar de Alemania y estuvo escondido en nuestro país hasta que en 1960 fue secuestrado y trasladado a Israel por el Mossad para ser juzgado. Durante el proceso, Hannah Arendt dijo que todos esperaban ver a un monstruo patológico y absurdo, pero se vieron desanimados y amargamente desengañados cuando los psiquiatras contratados por el tribunal aseguraron que Eichmann era perfectamente normal, aquel hombre podría haber sido un buen vecino, un marido dulce y fiel y un miembro modélico de la familia y la comunidad. No era un enemigo de la humanidad ni la encarnación del mal, era un burócrata con talento y con iniciativa. Como ejecutivo sería el orgullo de cualquier reputada empresa europea. Durante el mismo proceso, su abogado expresó una frase célebre: Eichmann llevó a cabo acciones por las cuales uno recibe una condecoración si gana y va a la horca si pierde.

sino que nosotros podíamos hacerlo”<sup>16</sup>.

Nuevamente, no supongamos que se trata de una situación particular. La misma racionalidad instrumental –liberada de toda consecuencia moral- fue aplicada en esos tiempos por el Estado Soviético contra sus propios compatriotas o por el Imperio Japonés en China. Tampoco pensemos que es un atributo de los gobiernos totalitarios, dado que Truman, por ejemplo, dio la orden de lanzar las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki matando a 246 mil personas en un solo día. Incluso Bauman nos brinda ejemplos de esta racionalidad moderna ya ingresados en nuestra era. Piénsese en aquellos trabajadores de una fábrica de armamentos que se alegran por el aumento de la demanda y la apertura de nuevos puestos de trabajo, sin pensar en las muertes entre etíopes que provocarán las armas y balas que producen o lo sucedido durante la Guerra de Irak en la prisión de Abu Ghraib<sup>17</sup>.

Pero, ¿cómo es que personas normales pueden ser capaces de superar todo límite de crueldad? Para explicarlo, Bauman sigue a Kelman, quien sostiene que las inhibiciones morales se dan cuando se cumplen tres

---

<sup>16</sup> *Ibidem*, Pág. 181.

<sup>17</sup> Abu Ghraib es una prisión situada en Irak que se volvió mundialmente conocida luego de que en 2004 se creara una comisión para investigar los abusos y torturas perpetrados por los soldados norteamericanos contra prisioneros iraquíes. Pese a ser casos extremadamente graves, sólo 17 soldados y oficiales fueron expulsados y 7 condenados a prisión y expulsados del servicio de forma deshonrosa. Dos soldados, el especialista Charles Graner y su novia Lynndie England fueron sentenciados a 10 y 3 años de prisión respectivamente, y el miembro de más alto rango, Chip Frederick a 8 años. Al respecto, Bauman sostiene que no se nos hubiera ocurrido pensar que la chica sonriente del mostrador, una vez enviada a una tarea en el extranjero, destacaría ideando trucos más inteligentes e imaginativos, así como insanos y perversos, para oprimir, torturar y humillar a quienes estaban bajo su custodia. Lo mismo con Chip Frederick, quien habría estado en los pósteres estadounidenses de reclutamiento si no se hubiese visto a ocupar el rol que se le asignó. BAUMAN, *Ceguera moral...* Págs. 37 y 38.

condiciones, separadas o juntas: la violencia está autorizada (por unas órdenes oficiales emitidas por los departamentos legamente competentes), las acciones se dan dentro de una rutina (creada por las normas de gestión y por la exacta delimitación de las funciones) y las víctimas de las violencia están deshumanizadas (como consecuencia de las definiciones ideológicas y del adoctrinamiento).

Finalmente, hemos de hacer notar que la racionalidad moderna no sólo se aplica al burócrata que ha de llevar a cabo la acción, sino que tiene la capacidad de imponerse a todo el colectivo, incluidas sus víctimas. Al respecto, Bauman destaca que la conducta de los propios judíos fue indispensable para que se produzca el Holocausto porque fue a ellos a quienes se les exigió que se hicieran cargo del reasentamiento y del orden dentro del gueto<sup>18</sup>, como así también de la organización de los trenes que se dirigían a los campos de exterminio.

En este orden, Bauman sostiene la capacidad del poder moderno, racional y organizado burocráticamente, de inducir acciones funcionalmente indispensables para sus fines y que son totalmente contrarias a los intereses vitales de los actores. Los judíos tuvieron que aceptar que había un vínculo lógico entre acciones y reacciones y, por lo tanto, que había acciones más razonables y aconsejables que otras.

A manera de colofón, resta destacar que los postulados de la obra analizada son atractivos para la sociología (y para la vida) por diversas razones:

---

<sup>18</sup> Los guetos tenían una organización interna estratificada como cualquier otro espacio social moderno. Contaban con un *Judenrat* (consejo judío) encargado del gobierno interno y también con una policía judía que, en el caso del gueto de Varsovia, se calcula en alrededor de 2.500 miembros.

primero porque rompe con la idea moderna de un progreso social inacabado donde la violencia pre-civilizada ha sido superada; segundo porque lanza una advertencia respecto a la racionalidad (o irracionalidad) instrumental y a las acciones puramente amorales; tercero porque exhorta a observar que la maldad no es producto de monstruos o psicópatas, sino de personas normales que se hayan condicionadas por el contexto.

Paradójicamente al grave escenario de la Modernidad Líquida otrora descrito, Bauman plantea que con la renuncia del Estado a la administración directa de muchas áreas de la vida social que anteriormente controlaba y el camino hacia una estructura de la vida social dirigida por el mercado y generadora de pluralismo, parece improbable que un Estado occidental vuelva a utilizar una forma racista de antisemitismo como instrumento para realizar un proyecto de ingeniería social a gran escala. No parece probable, para ser exactos, en un futuro previsible<sup>19</sup>. La condición posmoderna de la mayor parte de las sociedades occidentales, orientadas al consumo y centradas en el mercado, parece basarse sobre los frágiles cimientos de una excepcional superioridad económica que, de momento, proporciona una enorme porción de los cursos humanos pero no podrá durar siempre<sup>20</sup>.

---

<sup>19</sup> Tomando como punto de partida el libro de Bauman, el reconocido criminólogo Nils Christie desarrolla en *La industria del control del delito* un exiguo análisis respecto al sistema penal y carcelario moderno, con especial atención a los Estados Unidos, país donde existe una de las tasas más altas de detenidos por cantidad de habitantes y donde casi el 25% de la población negra y latina está literalmente presa. En este sentido, el autor plantea que la segregación étnica, racial o meramente social no sólo es un riesgo, sino una realidad. CHRISTIE, Nils, *La industria del control del delito, ¿la nueva forma del holocausto?*, Ediciones del Puerto, 1993.

<sup>20</sup> BAUMAN, *Modernidad y Holocausto...* Pág. 106.